

mientras que las buenas obras por sí solas jamás harán al hombre piadoso. El sacerdocio general sirvió á Lutero para proclamar la libertad del cristiano, que sin perjuicio de su libre albedrío, debe ser siervo de todos y de todo. No por faltar á este escrito el carácter de polémica acre, deja de tener un color místico, que se manifiesta en figuras como la de los esponsales entre Cristo y el alma. «El hombre interior se confunde con Dios; su soberanía le hace dueño de todas las cosas, su sacerdocio le hace dueño de Dios,» dice Lutero en este escrito, y añade: «Pero este honor y elevación inconcebibles obligan al cristiano á emplear toda su existencia corporal en servir al prójimo y no contrariarle, no para cumplir con sus buenas obras un deber, ni tampoco por interés propio, sino por libre voluntad, sin mira egoísta, por amor á Dios.» «Con razón podía decir Lutero que este escrito formaba un librito muy breve en cuanto al papel empleado en él, pero en cuanto al contenido, encerraba toda la suma de la vida cristiana.» De esta manera noble, cordial y elevada dió Lutero al pueblo alemán lo que llenaba todo su sér, lo que le tenía conmovida el alma y lo que le comunicó la alegría y la convicción del triunfo en medio de las tempestades que rugían en torno suyo y de sus agitaciones interiores.

Miltitz había convenido con Lutero en que éste enviara el librito con una carta dedicatoria y explicativa al Papa, poniendo la fecha atrasada del 6 de setiembre, á fin de que no se creyera que la obrita había sido escrita bajo la presión de la bula pontificia publicada en 21 de setiembre por Eck. Así se hizo; pero la manera con que Lutero se disculpaba mostraba su respeto al Papa: era decirle en la dedicatoria que era demasiado bueno para la época en que vivía y para la sede pontificia, sobre la cual pesaba la ira de Dios; que no podía desconocer que su curia era peor que lo habían sido Sodoma ni Babilonia; que la iglesia romana era una cueva de asesinos, una casa de estrafalarios como no se habían visto otras; la cabeza y el reino del pecado, de la muerte y de la pena eterna, y que el único rey que le correspondía y sería digno de ella era Satanás. Añade que por lo mismo desea al pobre Papa, sentado como un cordero entre lobos, una vida tranquila en una prebenda ó en el patrimonio heredado de sus padres, lejos de la gente criminal que le rodeaba; y concluye con esta exclamación: «¡Oh infortunadísimo Leon, que estás sentado en la mas peligrosa de las sillas! Te digo la verdad, porque te quiero bien.»

Por primera vez de seguro se hablaba en este tono de conmiseración á un Papa, y Melancton encontró todavía modesta esta carta dedicatoria. Falta saber si Lutero creía ponerse bien con Leon X por medio de semejante dedicatoria, en la cual todavía decía que no pensaba en retractarse de nada ni en dejarse imponer una determinada explicación de la Sagrada Escritura, y advertía que no se le irritara mas, so pena de hacer ver cosas peores. Mas bien parece que Lutero, dispuesto ya á la lucha, quería despedirse así de su antigua autoridad y sacudir el último vestigio de dependencia de Roma. Antes de escribir esta carta había dicho á Spalatino que pensaba seguir la conducta de Hutten, que estaba dispuesto á hacer la guerra al Papa hasta con armas materiales.

Sorprende que la curia romana dejase pasar todo el año 1519 y la mitad del siguiente sin tomar contra Lutero disposiciones energicas. Se comprende que la curia, para no ofender al príncipe elector de Sajonia, soberano de Lutero, no quisiera fulminar su excomunión hasta después de la elección del emperador, que finalmente dió un resultado contrario al que el Papa había deseado; pero lo cierto es que los cardenales, teólogos y canonistas encargados de informar sobre la nueva herejía, necesitaron tiempo para designar 41 artículos heréticos; y en el mes de marzo del año 1520 cor-

rian todavía voces en Roma de que la curia pensaba limitarse á la publicación de una bula en la cual se condenaran las doctrinas falsas sin nombrar á su autor. Sin embargo entonces se hallaba ya en Roma Juan Eck, el implacable adversario de Lutero, y empleó toda su retórica para reducir al silencio á los que abogaban por medidas suaves y prudentes. El 1.º de junio, por fin, después de mucho deliberar y modificar, fué adoptado definitivamente el borrador de la bula, que lleva la fecha del 15 del mismo mes y que condena, en los términos solemnes acostumbrados en semejantes documentos, 41 proposiciones de Lutero por heréticas, lamentando el extravío de este hijo perdido de la Iglesia después de calificarle de zorro, jabalí y fiera, prometiendo y asegurando que el Papa, imitando la benignidad de Dios Todopoderoso, le trataría con cariño paternal si se arrepintiese y retractase, dándole un plazo de 60 días para pensarlo y otro plazo igual para presentar la retractación. En el caso contrario declaraba excomulgados al hereje y á todos sus partidarios y protectores, y en entredicho todos los lugares que el excomulgado infestara con su presencia, y finalmente encargaba á todas las autoridades eclesiásticas y laicas, así como á toda persona en particular, que prendieran y entregaran el hereje so pena de excomunión. La curia, decidida á proceder con energía, confió al enemigo personal de Lutero, al mismo controversista disputador, Eck, la publicación de la bula en Alemania, y le autorizó además para mencionar en ella á otras personas á su juicio y citarlas á Roma ante el Papa. Al propio tiempo Leon X envió otro breve, con fecha 8 de julio, al príncipe elector Federico, en el cual calificaba á Lutero de valdense y husita, de contrario á la guerra contra los turcos y contra los herejes, y finalmente de verdadero miembro de Satanás; añadiendo que todo el mundo convenía en que la protección del soberano era la causa del insolente atrevimiento de Lutero, y recordando finalmente al elector su promesa hecha en otro tiempo al cardenal Cayetano de retirar su protección á Lutero cuando el Papa hubiese pronunciado sentencia condenatoria contra él.

La conducta del anciano príncipe fué muy propia de su carácter prudente y acompassado, que ni por haber recibido la rosa de oro, en setiembre de 1519, ni por el temor nada infundado de ser excomulgado con el catedrático de su universidad, se dejó arrastrar á cambiar su política, y contestó invariablemente á todas las reclamaciones que ni Lutero había sido oído todavía por jueces imparciales, ni se le había probado su culpabilidad. Al propio tiempo decía que podía asegurar, sin temor de ser desmentido, que nada tenía que ver con la causa ni con las doctrinas de Lutero. En efecto, la puntualidad con que aquel príncipe cumplía los preceptos de la Iglesia y observaba las prácticas del culto era conocida, tanto que su fiel secretario Spalatino observó con sentimiento que un día su amo había oído, en el otoño de 1520 durante su estancia en Colonia, hasta tres misas; pero á pesar de esto, algo se le había pegado de las doctrinas de Lutero. De este contagio se veían algunos ejemplos en aquel tiempo, como lo prueba el de dos individuos llamados Ebner y Nutzel, del grupo reformista y partidarios de Lutero, los cuales pusieron á sus hijas en un convento y en el convite que dieron á sus amigos el día en que aquellas profesaron, pronunciaron discursos entusiastas encomiando á Lutero. El mismo elector citaba con satisfacción á otro individuo del mismo grupo, llamado Antonio Tucher, como «buen luterano;» y un día habló á Staupitz con tanta convicción de la majestad y poder inmensos de la Sagrada Escritura sobre todas las tradiciones y argucias humanas, que al saberlo Lutero se convenció de que podía contar con las simpatías de su soberano por su doctrina. A no ser así, difícilmente habría aguan-

tado el príncipe, con sus principios de justicia y su celo por sus fueros de soberano, la conducta atrevida de Lutero y su escrito á la nobleza alemana. Por otra parte, la bula y su publicación ofendieron al buen elector en su autoridad de soberano, y le inclinaron mas á la resistencia. Cuando en noviembre de 1520 los nuncios del Papa en Colonia pidieron en términos arrogantes que cumpliera con lo mandado en la bula, consultó el elector con Erasmo, el cual riendo convino en que Lutero en realidad había cometido los dos grandes crímenes de tocar á la corona del Papa y á los estómagos de los frailes; mas al propio tiempo se apresuró á pedir á Spalatino la devolución de un escrito que le había dado y en el cual había apuntado argumentos contra el procedimiento de la curia romana. Al día siguiente el elector rechazó rotundamente la pretensión de los nuncios, expresando al propio tiempo su indignación por la conducta de Eck, nombrado nuncio y protonotario apostólico, que después de haber hecho publicar la bula en las diócesis de Brandeburgo, Merseburgo y Meissen, en esta última en 21 de setiembre, había usado sus poderes para vengarse vilmente de Pirkheimer y Spengler de Nuremberg, y de Adelman, canónigo de Augsburgo, sus adversarios personales, extendiendo á ellos la excomunión si no abjuraban de toda herejía. Los infelices tuvieron que hacerle así y solicitar su absolución del mismo Eck, que con su engreimiento insolente y vengativo perjudicó notablemente la causa que estaba encargado de defender.

En Wittenberg y en general en todo el electorado de Sajonia quedó la excomunión sin efecto; y la universidad de Wittenberg, sin dejarse intimidar por una comunicación de Eck llena de amenazas, se declaró contra la publicación de la bula por razones de derecho y políticas, entre las cuales citó la agitación del pueblo. De lo fundado de este motivo, Eck se pudo convencer personalmente cuando trató de lograr la publicación de la bula en Erfurt y Leipzig, en cuya última ciudad había obtenido el año anterior el triunfo en sus controversias públicas, de que hicimos mención en su lugar. La facultad de teología de la primera ciudad pidió en un cartel que la bula se destruyera y que fuesen perseguidos «los nuncios del diablo y de los fariseos» y los estudiantes arrojaron la bula al agua para probar que con razón se llamaba en latín *bulla*, es decir, *ampolla*. En Leipzig se vió Eck perseguido por los estudiantes con mofas y amenazas, las cuales le asustaron tanto, que cuando se vió otra vez sano y salvo en Ingolstadt conmemoró con un ex-voto su salvación.

El mismo episcopado alemán se mostró poco diligente en la publicación de la bula, á la cual la mayor parte de los obispos accedieron solo después de algunos meses de vacilaciones, dando á entender en sus exposiciones de motivos la desconfianza que les inspiraba Eck y la convicción de que él era el verdadero autor del procedimiento de la curia que tanta molestia les daba. El conde palatino Felipe, obispo de Freising y Naumburgo, contestó á Eck que quería seguir el consejo del apóstol San Pablo y examinar el asunto para ver si venía de Dios, y consultarlo después con su metropolitano el cardenal arzobispo Mateo de Salzburgo, que al principio eludió toda contestación formal. La misma universidad de Ingolstadt, de la cual Eck era profesor, se resistió, aunque poco tiempo, á la publicación del breve, y en la de Viena se opuso á ella la mayoría del personal docente, apoyada por el obispo, contra la facultad teológica. Los príncipes laicos, al principio hasta el duque Jorge de Sajonia, adversario decidido de Lutero, vacilaron, y el duque Guillermo de Baviera llegó á decir á Eck que no pusiese la bula en vigor, porque excitaba el descontento del pueblo y provocaba motines.

En estas circunstancias, Lutero y sus amigos miraron la bula como un acto vano, y cuando supo el primero que en

Venecia se manifestaban tendencias á favor de su doctrina relativa al Evangelio, bien pudo halagarse con la esperanza de que Dios acaso inspiraría en este sentido á todo el pueblo italiano. Pero á la aproximación del joven rey de Alemania se aumentaron los síntomas de que los adversarios de la reforma tenían en Carlos V un apoyo poderoso é inflexible, y contra este apoyo de nada servían ni la tibieza de los obispos ni la actitud de algunas universidades, ni los ataques de un Hutten. Carlos V dió inmediatamente permiso para la publicación de la bula en sus Estados hereditarios; los escritos de Lutero fueron quemados públicamente en Lovaina, y sucesivamente en Colonia y Maguncia, si bien en esta última ciudad entre las mofas y amenazas del pueblo contra el nuncio que presenciaba la ceremonia. Con esto quedó comenzada la ejecución de la sentencia del Papa, y lo que fué peor, por el mismo rey de Alemania.

Entonces levantóse Lutero haciendo frente á los poderes mas altos de la tierra, unidos contra él. Jamás había declarado un solo individuo la guerra á todo el órden existente con igual decisión que Lutero. Como de potencia á potencia hizo frente al Papa y al emperador testando á los anatemas y quemando libros con otros anatemas y otras quemadas, creyéndose impulsado por el espíritu divino, como instrumento en la mano de Dios, á quien ya no temía, antes se consideraba con la divinidad íntimamente unido.

Desde que supo que en la corte del rey hormigueaban los frailes, no esperó ya nada del joven Carlos V, y en 4 de noviembre escribió á Spalatino: «Difícilísimo es hacer la oposición á todos los prelados y príncipes, pero ya no queda otro camino para evitar el infierno y la ira de Dios.» Estaba viendo Lutero el trastorno inevitable detrás de la bula y llamó en su auxilio, no ya á los príncipes, sino á los alemanes todos, diciendo: «No puede participar de la gloria eterna el que se muestre favorable á esta bula ó no se oponga á ella.» En sus primeras contestaciones á la bula la había calificado de apócrifa, y se había dirigido al emperador y á los príncipes apelando á un concilio; pero después la calificó, sirviéndose del idioma alemán, de «bula del Anticristo,» y cuando le dijeron que escribiendo en alemán no podía tener otro objeto mas que excitar á toda la sociedad laica contra el clero, contestó que no le admiraría ver levantarse príncipes, nobles y pueblo laico contra el Papa, los obispos, el clero bajo y los frailes, y arrojarlos del país. «Los cristianos verdaderos, dijo, deberían pisotear la bula, que merece ser quemada mil veces, y hacer huir con fuego y azufre al Anticristo romano y á su apóstol, el doctor Eck.» Lutero, en los muchos escritos que publicó en aquella época agitada, no se contentó con declarar al Papa hereje recalcitrante y condenarle, en virtud de su calidad de cristiano bautizado y creyente, sino que, según comunicó Spalatino en 3 de diciembre á su soberano, proyectó celebrar un auto de fe en contestación á lo que se había hecho con sus escritos. En efecto, el 10 de diciembre fueron invitados los escolares de la universidad de Wittenberg á asistir al «piadoso y religioso espectáculo» de una ordalía, en la cual se entregarían á las llamas, «según antiguo uso apostólico,» los libros anti-evangélicos é impíos. La pira levantada fuera de la ciudad, con las Decretales pontificias encima, fué inflamada por un licenciado, y Lutero arrojó á las llamas la bula pronunciando estas palabras: «El fuego eterno te consuma, porque has afiido al ungido del Señor;» y dicho esto, se retiró. Después hicieron todavía algunas de las suyas los estudiantes. Posteriormente contó Lutero que antes de cometer aquel acto había temblado y luego orado, con lo cual había recobrado su tranquilidad y se había puesto mas alegre que en toda su vida. Al día siguiente explicó á sus oyentes toda la impor-

tancia de aquel acto, que había sido la señal de una guerra á muerte, pero dijo que la señal no bastaba sino que todo el papado se había de convertir en humo, y que todos habían de elegir entre el reino del Papa y el de Dios, entre el peligro en este mundo y la muerte eterna; que él prefería estar en peligro en la tierra antes que cargar su conciencia con la responsabilidad mas terrible. En las notas que se han conservado de uno de sus oyentes añadia éste entusiasmado que todo lo que decía Lutero era verdad y que solo un estúpido rematado, un zoquete, como eran sin excepcion todos los papistas, podía dudar de ello; para todos los cristianos no corrompidos era Lutero evidentemente un ángel de Dios vivo.

Esta disposicion de ánimo estaba extendida mucho más allá de Wittenberg, y Lutero recibió felicitaciones mas entusiastas que las que hasta entonces había recibido Erasmo, porque le calificaron de sumo pontífice sacratísimo y de otro Evangelista. Hedio, orador sagrado de Basilea, le llamó Dios y Salvador, y Croto le escribió: «Con tus escritos han quedado en Colonia no solamente el Evangelio, sino con él á Cristo mismo.» En una edicion del *Cautiverio babilónico* está retratado Lutero «el celestial» con el Espíritu Santo encima de la cabeza, y otros grabados le representan rodeado de una aureola. En muchos grabados de la época se representa al reformador asociado, no ya como antes á Erasmo, sino á Hutten; y un folleto del año 1520 recomienda á ambos al joven emperador como «dos mensajeros valientes, elegidos, iluminados y enviados por Dios.»

Desde el verano de 1520 quedó tan cambiada la situacion de Hutten, que bien podía dispensarse en adelante de consideraciones y respetos á lo existente. Por consejo de amigos había dejado la corte del archiduque Fernando, donde estaba rodeado de serios peligros; y el temor de morir bajo el puñal ó por el veneno de algun fanático le acompañó hasta la corte de su amo, el elector arzobispo de Maguncia. Este no tardó en recibir del Papa la orden de proceder seriamente contra Hutten y sus libelos. Corrió luego la voz de que se iba á prender para enviarlo cargado de cadenas á Roma; y entonces, no teniendo como Lutero el apoyo del poderoso príncipe elector de Sajonia ni de otro alguno, ni tampoco el de una universidad respetable, no encontró mas recurso, como el arzobispo escribió al Papa, que buscar asilo en uno de los castillos de su amigo Sickingen, que ocupaba entonces una posicion temible, aun mas que la de un príncipe, segun opinion del nuncio Alejandro. Desde octubre de 1519 era Sickingen consejero, camarlengo y capitán del joven rey de Alemania, Carlos, que á su llegada á Aquisgran recibió al caballero con grandísima afabilidad. Robusteció Sickingen esta disposicion favorable facilitando al soberano la suma considerable de 20,000 florines sin exigir interés alguno, porque además de lo que atesoraba, producto de sus expediciones de rapiña, sacaba grandes recursos de varias minas que explotaba, de modo que podía rivalizar con los capitalistas de las ciudades mercantiles. Respecto de la vida intelectual estaba Sickingen, aunque falto de toda instruccion, por encima de su clase, y en este concepto le convenia tener á Hutten por compañero y maestro, sobre todo en aquella época en que las inteligencias estaban en un período de creciente agitacion y en que los ánimos empezaban á verse en Alemania en la alternativa de declararse por el luteranismo ó por el catolicismo. Atraído á la causa del humanismo y despues á la de la reforma, principalmente por la compañía de Hutten, los perseguidos y víctimas de la intolerancia eclesiástica, como Butzer y Ecolampadio, encontraron en sus castillos asilo y hospitalidad, y los ofreció igualmente á Lutero y Reuchlin. Desde el otoño del año 1520 Hutten estaba hospedado en

su castillo de Ebernburgo, lleno de entusiasmo por haber encontrado en Sickingen al hombre que podía sostener con las armas la lucha por la verdad, la independencia y el derecho de la nobleza; y á él dedicó en 31 de diciembre la edicion alemana de sus «Diálogos», deseándole luchas y empresas grandes, serias y laboriosas, de esas que requieren valor, porque en Sickingen, su amigo, se podía ver que «no estaba agotada todavía la sangre ni desarraigada del todo la virtud de la nobleza alemana.» El grabado de la portada del citado librito nos dice cuál había de ser en opinion de Hutten el blanco del trabajo heróico de la nobleza, porque nos presenta al Papa con su cohorte eclesiástica huyendo de las lanzas de los caballeros y sus tropas mercenarias. Quería, pues, destruir por la fuerza bruta el dominio eclesiástico; este objeto respiran todos sus escritos de aquella época, y esta es la revolucion que predicó con tanto ardor como rudeza. A tal extremo llegó su foga, que en setiembre del año 1520 escribió al rey Carlos y al príncipe elector Federico exponiéndoles la necesidad de un cambio radical del modo de ser del imperio y presentándoles al propio tiempo su programa, que tenia por base una gran secularizacion de bienes eclesiásticos, abolicion del primado pontificio, reduccion del clero, de cuyos individuos sobraban segun él 99 por cada ciento, y simultánea confiscacion de rentas, supresion de los conventos é independencia eclesiástica de Alemania. Con esto decia que se acabaría con la corrupcion eclesiástica y cesaría la debilidad de Alemania, porque una parte de los bienes de la Iglesia se emplearía en fomentar la instruccion, aumentar y mejorar la beneficencia, y la mayor parte se dedicaría á la formacion de un gran ejército, en el cual encontrarían un modo decente de vivir los elementos robustos y numerosos, es decir, los nobles y los soldados mercenarios sin enganche, que entonces vivían todos del robo á mano armada. Hasta cierto punto, las ideas de Hutten se rozan con las de reorganizacion del imperio alemán que ocupaban confusamente tantos cerebros alemanes en el siglo anterior. Hay que confesar, sin embargo, que los planes de reorganizacion del fraile y catedrático Lutero, aunque vagos, no lo eran tanto como los del noble Hutten, á la par que resultaron mas fecundos.

En la carta que Hutten dirigió al elector de Sajonia, que debió de hacer poco caso de ella, pregunta si hay algun príncipe dispuesto á morir con él por la libertad comun, y no recibiendo contestacion, dirigió despues la misma pregunta á todo el pueblo alemán, en cuya ocasion empezó á servirse en sus escritos del idioma patrio. Verdad es que sus poesías alemanas no pueden satisfacer bajo el punto de vista estético; pero el efecto que produjeron fué grandísimo, como el lector moderno fácilmente comprenderá, porque entre la balumba de frases prosaicas se perciben otras que hacen latir el corazon mas aprisa, y otras que nos muestran, como dice Strauss, todo el ardor de Hutten en pro de la causa que defiende, ardor que parece devora su sér, como la llama gasta la bujía que la alimenta. Con razon pudo alabar el poeta su desinterés, porque se jugaba toda su existencia, y ni las lágrimas de su madre ni otra cosa alguna en este mundo pudieron hacerle desistir de la lucha que había emprendido á favor de la verdad en bien de la patria. ¡Qué vigorosa es su «Lamentacion y amonestacion contra el poder excesivo y anticristiano del Papa de Roma y del clero mundanal!» y ¡con qué confianza se dirige al «apreciable rey,» capitán en cuyas manos está todo, ofreciéndole hacer levantar toda la Alemania para ponerse á sus órdenes!

«Antes, dice Hutten en una poesía alemana, escribí en latin, que no lo entienden todos; ahora me dirijo á la patria, á la nacion alemana en su idioma;» y luego llama á todos los

alemanes piadosos, es decir, á los habitantes de las ciudades, á los soldados mercenarios y á los caballeros, á cuantos tengan valor para exterminar la supersticion y devolver la verdad al país, «porque ha llegado el tiempo de conquistar la libertad; Dios lo quiere, y si no se logra pacíficamente se logrará con sangre, etc.»

La guerra contra el clero era el tema corriente desde largo

tiempo, el objeto favorito de las profecías, de la astrología y de las ilusiones del pueblo; pero Hutten apoyó este tema, que supo variar hasta lo infinito, con razones concretas. Habla del derecho antiguo de los emperadores de proveer la silla de San Pedro, derecho que en su opinion fué restablecido por Carlomagno y que había caído en olvido desde la muerte de éste. Cita tambien el ejemplo de la revolucion husita, de



Martinus Lutherus.

Ulricus ab Hutten.



Veritatem meditabitur guttur meum.

Gespräch büchlin
von Ulrich von Hutten.

Feber das Erst.
Feber das Ander.
Wadiscus. oder die
Römische dreifaltigkeit.
Die Anshawenden



Periurpendum est trans dem, periurpendum est.

Odium ECCLESIAM malignantium.



Facsimile de la portada del *Librito de Conversacion*, escrito por Ulrich de Hutten

cuyo carácter anti-aleman prescinde completamente, tanto que ensalza á Hus como mártir de la verdad y presenta al formidable general husita Ziska, terror de los alemanes, como libertador de su patria, «soldado de Dios,» vengador del «santo» Hus y azote de la clerecía, para que sirva de modelo á su amigo Sickingen. Así puso la glorificacion de aquel gran capitán de los checos en boca de Sickingen en uno de sus diálogos latinos, que Hutten publicó en enero de 1521, dedicando el libro al conde palatino Juan de Simmern. La guerra contra el clero y la esperanza de que Sickingen fuese un Ziska alemán forman la base de varios diálogos, de los cuales el primero pinta en estilo muy dramático la lucha entre la bula del Papa y la libertad alemana, cuyo campeón Hutten mata la bula, cuando en el momento decisivo llega

al auxilio de la libertad el hospitalario Sickingen á la cabeza de 100,000 hombres. En los diálogos posteriores expone Hutten con suficiente claridad su programa revolucionario, generalmente por boca de Sickingen, al cual hace decir que conviene hacer algo para que el emperador aleje de su lado á sus consejeros clericales, y, si esto no se lograra, procede apelar á otros medios, arrojando los peligros que hubiere. Se ve, pues, que cuando Hutten escribió esto había perdido ya la esperanza de librar al emperador de la influencia clerical, y aun advierte que un príncipe tan accesible á los malos podría con el tiempo correr á su propia perdicion. En el último diálogo habla Hutten de cuatro clases de ladrones, los comerciantes, los juriconsultos, los clérigos y los caballeros saltadores, á quienes cree los menos dañinos. A pesar de su

orgullo de noble y su desprecio de la gente plebeya, admite en este diálogo la alianza de la nobleza con la clase media de las ciudades, esto porque Hutten y Sickingen, después de aterrorizar con amenazas brutales á un dependiente de la casa poderosa de los Fugger, le alargaron la mano en señal de reconciliación.

Es indudable que Hutten, según dice, lejos de querer solamente espantar á sus enemigos, estaba bien dispuesto y decidido á traducir su proyecto en hechos si hubiera podido. Quiso apoderarse por sorpresa de los legados del Papa, lo cual el mismo Lutero habría visto con satisfacción, pero no pudo realizar el golpe de mano. En noviembre del año 1520 avisó á Erasmo que dentro de muy poco echaría mano á las armas, haciéndose la ilusión de que Lutero y Spalantino le procurarían el apoyo material y directo ó siquiera indirecto del príncipe elector Federico (el Sabio), á cuyo fin les escribió; pero no conoció la índole del fraile y catedrático de Wittenberg. Lutero había admitido repetidas veces la idea de una purificación y reforma de la Iglesia por medios violentos, pero se espantó cuando la revolución que tantas veces había anunciado le mostraba su faz de cerca. Seguía creyendo que no podía faltar á los obstinados partidarios de Roma el juicio de Dios, pero á lo más quería ser el profeta, sin tomar parte en la ejecución. Le parecía indigno echarse con lanzas y espadas sobre la «multitud clerical inerme», como si no supiese que el poderoso clero alemán tenía sus hombres de guerra, caballeros y soldados, siempre á punto de entrar en campaña y librar batalla al enemigo. Le repugnaba, conforme expuso en su contestación á Hutten, emplear la fuerza bruta para hacer triunfar el Evangelio; y sobre esto escribió á Spalantino: «La fuerza de la palabra ha vencido al mundo y ha conservado la Iglesia y la restaurará; y como el Anticristo se ha introducido sin la fuerza bruta, será también aplastado sin ella.» No hay que negar que en otras ocasiones se había expresado Lutero de manera muy distinta, pero no es menos cierto que jamás habría podido presenciar, á pesar de su lenguaje impetuoso, el aniquilamiento ó tan solo el tratamiento brutal de sus adversarios, como lo supieron hacer los hombres de la inquisición. A uno de estos, nada menos que al famoso Hochstraten, que había caído entonces en manos de Hutten, éste le devolvió la libertad. Sin embargo, mas que la prudente reserva de Lutero enfrenó los brios guerreros del poeta caballero la política de conveniencia de su amigo Sickingen, que esperaba, basado en sus buenas relaciones con el emperador, desempeñar un gran papel en la próxima campaña contra la Francia, y se contentó respecto de Hutten con recomendarle que se estuviera quieto y dejara que sus enemigos se dañasen á sí mismos con sus demasías, prometándole además que le recomendaría al emperador.

Aquí podemos observar ya la primera influencia de la política extranjera sobre el movimiento que empezaba á conmover los ánimos en Alemania, con cuyos intereses estaba íntimamente enlazado, pero que luego se complicó con los sucesos europeos, en los cuales tomaron parte fuerzas que en un principio nada tuvieron que ver con aquel movimiento espiritual, exclusivamente alemán. La confianza de Lutero en el triunfo final y pacífico de su causa por la sola fuerza de la palabra del Evangelio (1), y el desprecio que en virtud de esta misma confianza le inspiró la intervención de los príncipes, unido todo á los arranques de celo nacional de Hutten y de otros, no pudieron dispensarles de contar con el emperador, cuyos dominios eran tan dilatados y su poder tan grande que permitían la comparación con los antiguos emperado-

(1) Por lo que el mismo autor refiere, se ve que Lutero nunca tuvo tal confianza. (N. del T.)

res romanos, conforme la fantasía alemana había deseado siempre. A la sazón tenían un emperador con cuyo poder no podía medirse el de ningún otro príncipe; y no faltaron soñadores que creían posible que aquel emperador acabara con la división territorial y de poderes en Alemania, transformando la nación en monarquía poderosa, y que poniéndose á la cabeza del movimiento nacional, librara el país del yugo eclesiástico, convirtiendo á Roma en capital del imperio y rodeándose de consejeros como Erasmo, Lutero, Hutten y Sickingen. Estos deseos y esperanzas engendraron toda una literatura especial consistente en cartas, misivas, poesías, profecías y folletos, de los cuales muy pocos llegaron probablemente á manos del emperador, al cual comparaban con Carlomagno, dándole el nombre de Carlo-Máximo. Tanto los humanistas y teólogos, en sus escritos más ó menos pulidos ó rudos, como los poetas del pueblo en sus versos toscos, estaban igualmente distantes de tener una idea medianamente exacta y acertada de la situación general de Europa. Si una canción popular celebra al vástago del noble tronco austriaco que viene desde España por mar con fuerzas colosales y no reconoce al Papa, se apresuran los humanistas, tan ignorantes como el rústico autor de aquella canción, á congratarse para sus fines anti-romanos con el emperador ofreciéndole para la ineludible guerra italiana las rentas alemanas del Papa y las riquezas acumuladas por la curia romana en el transcurso de siglos. Pero Carlos, entretanto, estaba poniendo en movimiento todos los resortes para tener al Papa de su lado. Aquella generación alemana, excitada y vigorizada por primera vez por una idea nacional, por la conciencia de su progreso material é intelectual y por la agitación producida á consecuencia de una reforma profunda de su vida religiosa, no tenía todavía conocimiento alguno de la gran política con sus combinaciones y cálculos fríos, en los cuales no entraba para nada la fermentación que agitaba los ánimos alemanes. El insignificante papel que la excitación de la nación alemana desempeñaba en la política europea, está demostrado en la carta que escribió el embajador en Roma Juan Manuel, en mayo de 1520, aconsejando á su soberano el emperador Carlos que dispensara secretamente alguna protección á cierto fraile conocido por fray Martín, en caso de que el Papa no quisiese ratificar la alianza anti-francesa ó la abandonara del todo, pero añadiendo que este era recurso del cual convenía servirse solo en un caso extremo.

Es decir, que Lutero, en el cual estaba más que en ninguna otra entidad personificada la conciencia, voluntad é índole del pueblo alemán, no era para los políticos mas que una figura cualquiera, á la cual se avanzaba, retiraba ó sacrificaba según les convenía para sus cálculos.

La ciencia política del Renacimiento, cuyo único blanco era el poder, había hecho abstracción completa de la moralidad y no se curaba de lo que dirían de sus operaciones y negocios los pueblos, ni de lo que estos pensaban. Por otra parte, el individualismo de la civilización italiana moderna tampoco permitía que las personas instruidas trataran seriamente ni del bien ni del mal de las masas; y de ahí resultaba que los observadores extranjeros no llegaron á ver la naturaleza verdadera del movimiento alemán, ó si la vieron, no la comprendieron bien. Bajo este punto de vista son interesantes las observaciones del nuncio Jerónimo Aleandro, que acompañó al joven emperador por el Rin hasta Worms, donde asistió al parlamento. Bibliotecario papal y humanista distinguido, conocía la Alemania y los alemanes mejor que muchos otros italianos de nota, pero no comprendía que el hombre pudiese obrar impulsado por una idea sin que ésta fuese la de lucro y granjería; no supo comprender el poder inmenso de la necesidad religiosa no satisfecha; y así atribuyó

las burlas que los alemanes hicieron del gastado recurso de las bendiciones y maldiciones de Roma á indiferencia religiosa, de la cual los alemanes del siglo XVI estaban por cierto muy distantes. Dominado por estas ideas erróneas, propuso Alejandro apaciguar los ánimos comprando á los caudillos ya con dinero, ya con otros beneficios, y si con esto no se lograba taparles la boca, ahogar el movimiento en sangre. Conoció este personaje la magnitud del peligro y escribió que vendría que en Roma viesan aunque no fuese mas que la centésima parte de la fermentación, que las nueve décimas partes de la población aclamaban en Alemania á Lutero, y la décima parte restante deseaba cuando menos que la corte de Roma se hundiera; todo el mundo pedía á voces un concilio; la mayoría del clero, los juriconsultos y sobre todo los literatos, los gramáticos y poetas, los discípulos de Erasmo y de Reuchlin estaban todos del lado de Lutero, y á todos ellos se agregaba el elemento peligroso de los nobles pobres, como el «pillo y sátiro» Hutten y otros. «Conozco, — dice, — bastante bien la historia de esta nación; conozco sus herejías, concilios y cismas; y puedo decir que jamás fué la situación tan grave como ahora, y que comparada con ella fué de violetas y rosas la que causó el cisma entre Enrique y Gregorio VII. Estos perros rabiosos están bien pertrechados con ciencias y otras armas, y se glorifican de no ser ya bestias irracionales como sus antepasados; dicen que Italia ha perdido el monopolio de las ciencias y que el Tíber se ha vaciado en el Rin.»

Este inteligente é ilustrado observador solo vió á los humanistas y nobles. Las manifestaciones toscas que de su existencia hacía el pueblo rudo ninguna atención le merecieron cuando no le inspiraron repugnancia y asco. No así los observadores alemanes, que desde el año 1520 empezaron á ver mas claro. Sobre todo, los adversarios de Lutero llamaron en sus polémicas la atención sobre el peligro de que la doctrina de aquel fraile condujera á otra guerra como la husita y á otra sublevación armada de la población rural. En efecto, en la avalancha de escritos populares publicados por partidarios de Lutero empieza á figurar el jayán armado de su azadón, «que ahora entiende también la Sagrada Escritura,» dispuesto á apoyar con la azada y el trillo su derecho personal. Era una revolución religiosa y social la que amenazaba, porque las palabras de Lutero inflamaron á la gente sencilla y oprimida del campo, que odiaba al clero y esperaba que Dios le haría algún día justicia.

Cuando el joven rey Carlos entró en Alemania, no contando mas de veinte años, se vió en una sociedad desconocida para él y no pudo comprender en qué se fundaba el entusiasmo con que fué recibido, porque para esto le faltaba la exuberancia de inteligencia y sensibilidad exquisita de otros jóvenes de talento y corazón. Carlos había nacido bajo la influencia de Saturno, planeta funesto según los astrólogos, y en efecto, el carácter del joven y poderoso soberano resultó tan adusto y precozmente senil que no le dejó ser feliz y le hizo funesto á los demás (1).

CAPÍTULO IV

EL PARLAMENTO DE WORMS Y LOS PRIMEROS TRIUNFOS DE LA REFORMA

Estaba la Alemania en el mejor camino entonces para emanciparse del dominio eclesiástico universal que el imperio alemán mas que ningún otro país había fomentado; pero

(1) Es curioso en el último período del siglo XIX atribuir á la influencia de Saturno el carácter de Carlos V. (N. del T.)

el fantasma de la monarquía universal, que tantos y tan pesados sacrificios había costado al pueblo alemán, le interceptó á la sazón el camino de la libertad á lo menos religiosa, poniendo al país en una situación desesperada. Solo una nación sumida todavía en la mayor ignorancia política, como la alemana, podía haber acariciado la ilusión de que el asombroso poderío del rey de España aprovecharía directamente al sacro imperio romano-germánico, cuya corona acababan de disputarse los primeros soberanos de la cristiandad. En el fondo, sin embargo, no habría sido cosa muy extraordinaria que un emperador acometiese la tan deseada reforma de la Iglesia y del imperio, pues que el mismo Carlos V tomó después esta misma idea en seria consideración, por supuesto á su manera y en sentido radicalmente opuesto á los deseos de la nación alemana. Esta oposición entre el emperador y la nación se manifestó desde el primer momento de una manera tan viva, que no había que esperar ya ningún resultado fecundo de la unión de sus voluntades para una obra común.

Conviene hacerse cargo ante todo de la posición difícilísima del joven emperador. Carlos V indudablemente estuvo firmemente decidido, á pesar de su juventud, á cumplir con su deber, y si no lo hizo fué porque no tuvo el talento necesario para ello, lo cual no era culpa suya. No siempre se presenta el genio que las circunstancias requieren.

Empecemos por examinar los elementos que constituían el poderío de la casa de Austria, tan imponente mirado desde fuera si solo se consideraba la extensión territorial de sus dominios, de cuyo acrecentamiento mas allá del Océano no era posible formarse una idea. A primera vista era imposible que Francia compitiera con aquella monarquía ni en extensión territorial ni en otro concepto alguno; pero en cambio la monarquía francesa tenía sus recursos concentrados y siempre á la disposición de su soberano, el cual mas que ningún otro monarca podía convertir el objeto de su ambición en un objeto nacional y con sus proyectos en el extranjero hacer olvidar á la nación francesa importantes cuestiones interiores. Carlos V se creyó, á la verdad, una posición análoga en España, pero solo paso á paso y al cabo de mucho tiempo, pues al principio de su reinado encontró muchos y grandísimos obstáculos que se opusieron á una unión eficaz de las diferentes provincias y comarcas españolas, en cada una de las cuales eran diferentes los derechos del soberano y los intereses de la población, por manera que Baumgarten (2) tiene razón cuando dice que el poder de Carlos V constituyó su debilidad. Dejando aparte las posesiones transoceánicas constituían los dominios europeos de la casa de Habsburgo los cuatro grupos español, borgoñón, alemán é italiano meridional, pues entonces no estaban agregadas todavía ni la comarca de Milán ni las coronas de Bohemia y Hungría. Los derechos de dominio y fueros soberanos, expresados en una lista interminable de títulos, eran tan diversos como innumerables. La monarquía era muy diferente en Aragón, cuya constitución era casi republicana, que en Castilla; en el Brabante reinaba el mismo soberano en calidad de duque, en Amberes era marqués, en Holanda y Zelanda conde. En todas partes el poder del monarca estaba rodeado de trabas; en España debía entenderse el rey con las cortes ó parlamentos de los diferentes reinos, en Sicilia con el parlamento siciliano, en los Países-Bajos con los Estados generales y hasta con los Estados ó brazos de cada provincia, y en Alemania debía contar también con el parlamento si quería obtener recursos para la realización de sus planes. Con el objeto de

(2) Autor de una *Historia de España*, Berlin, 1861 y 1865 hasta 1871. Es desde 1872 catedrático de Historia y patriota sumiso en la universidad de Estrasburgo. (N. del T.)